

En España, la idea que preside á tales Ligas, apenas tiene prosélitos: somos poco ó nada asociables; pero no vacilo en asegurar que las voluntades y las conciencias, en secreto, están todas afiliadas á la Asociación pacificadora. No escribimos ni nos reunimos clamando «paz y arbitraje»; mas nuestra conducta, desde mediados del siglo, sobre todo en estos últimos años, es la del que por convencimiento aspira á una tranquilidad reparadora, á una tregua indefinida, en que la agricultura, la industria y la hacienda nacional se fortalezcan y respiren. A nadie hemos provocado; para nadie hemos tenido sino consideraciones, respetos y buenas palabras. Hemos extremado la dulzura y la cortesía hasta con pueblos como el marroquí, que confunden la transigencia con la debilidad, y cuya diplomacia á lo salvaje se ha burlado constantemente de nuestra buena fe. Dentro de casa sólo hemos procurado curar heridas y apaciguar rencores: el rastro de ira y discordia que dejan en pos de sí las guerras civiles lo hemos borrado por medio de un generoso espíritu de cordialidad; y si se nos acusa de que sostuvimos fratricida pugna muchos años, diremos como el bastardo de Argeles á su hermano el conde:

Soy Caín por mi delito,
mas no por haberte odiado.

A las antillas llevamos esta misma excelente intención, este criterio de armonía, estos temperamentos de indulgencia, de paternidad, de concesiones hasta el límite de lo posible. Tal vez nos perdió allí el exceso de nuestra buena fe, el descuido en guarnecer, enfrenar y reducir una comarca donde latía contra la península odio implacable. Hemos padecido error al juzgar de los demás por nosotros mismos, al creer que cuando uno no quiere, dos no riñen, y al dormirnos descuidados á la orilla de ese mar caribe, fecundo en monstruos. Trabajo le mando á nuestro más encarnizado enemigo si intenta descubrir en toda nuestra historia, de veinte años acá, un solo rasgo provocativo, una sola injuria inmotivada á ningún pabellón, un solo hecho que revele el propósito de armar quimera con nadie. España ha practicado la exquisita prudencia de los espadachines viejos, á quienes su historia redime para siempre de la nota de cobardía, y que son, por lo mismo, los hombres más conciliadores.

Ya sé que en este momento, ante ofensas é injusticias notorias, ha sido reemplazada la *bonhomie* constante de nuestro proceder por una furia, un arrebato, una impulsión ciega de resistencia y hasta de ataque. España, que así pensaba en la guerra con los Estados Unidos como en las nubes de antaño, que la consideraba, en frío, una gran calamidad, en ocho días se ha planteado el problema de esa guerra, ha aceptado sus contingencias, y ha exclamado, con la vehemencia de las decisiones súbitas: ¡Adelante! Pero si las Asociaciones pacificadoras hubiesen conseguido ya imponer su criterio al mundo; si el arbitraje fuese un hecho universal; si nadie dudase que las relaciones y deferencias de los pueblos, como las de los individuos, ó más todavía, deben resolverse por medio de la benevolencia y la justicia, y que la guerra no es un mal necesario, ¡cuán gananciosa saldría España, que tiene de su parte, en esta contienda, el derecho, la razón, la opinión y hasta el buen gusto, pues ha rehuido desplantes y fanfarronerías y hasta el último instante ha querido economizar sangre y lágrimas!

La guerra, en el día, no es un problema que resuelve el valor individual, ni casi el valor colectivo. El heroísmo ha cedido su lugar á otras fuerzas. Con los agobiadores armamentos; con esa marina revestida de escamas de hierro, á guisa de dragón fantástico; con esos proyectiles que se rien de la distancia; con la ciega potencia de los explosivos y la mecánica acción de las masas que aplastan y trituran á otras masas menores, cual la muela al trigo, de poco sirve la decisión sublime del mártir, de poco la constancia del guerrero, de poco el entusiasmo de un pueblo resuelto á vengar su honra. España podría esperar todo del arbitraje. Las naciones Goliath desearán el imperio de la materia y del número; las naciones David el de la equidad y del derecho. España es David. Su honda balear, su honda de pastora y guerrillera, quizás herirá en la frente al desaforado gigantón; pero ¿no preferiríais que sin menoscabo del honor pudiese España seguir apacientando el ganado en los ribazos que la primavera se apresta á cubrir de verdor?

* *

Hace dos días hablaba en el Ateneo D. Segismundo Moret, y su oración castiza, serena y sólo por momentos indignada, nos mostraba de relieve la enorme sinrazón, la inmensa inconsecuencia que envuelve el exabrupto de las Cámaras norteamericanas.

Para abofetearnos y para echar leña á la hoguera de Cuba, los Estados Unidos, en un día, desmienten toda su historia, pisotean la jurisprudencia que tenían establecida en esta clase de cuestiones, y proceden como el que extremado el agravio busca el choque, y no se cuida ni aun de revestir con apariencias de decoro la torcida intención y el mal deseo.

Los antecedentes que recordaba Moret son tan claros, los hechos tan elocuentes, que una vez más, al oírle, deploré que las Asociaciones pacificadoras no hayan extendido su benéfica acción hasta reinar en los acuerdos de la diplomacia de ambos mundos, y que el arbitraje no sea la solución más frecuente y admitida para reprimir codicias y sujetar apetitos. Si este pleito lo fallase un tribunal imparcial, un tribunal de varones honrados, divinamente para España.

Sabe Dios cuándo rendirán sus frutos estas Asociaciones, ó por mejor decir, el espíritu que las inspira y que se ha manifestado bellamente en muchas páginas de la literatura moderna. Aún están Europa y el mundo bajo la sugestión de las célebres palabras del mariscal Moltke, que proclamó en voz alta, en presencia de los delegados de la paz, que «la guerra es santa y es de institución divina; que es una de las sacras leyes del mundo; que alimenta en el hombre los altos y nobles sentimientos, el honor, el desinterés, la virtud, el valor, y en suma le impide caer en el materialismo fangoso.» Estas afirmaciones del veterano, del gran estratégico, serían perfectamente exactas si se refiriesen á la guerra de antaño, en que la espontaneidad individual, y para decirlo de una vez, el alma, jugaba tan principal papel. Mas la guerra de hogaño aplica la ciencia á destruir, sólo á destruir, y es un problema que se resuelve con una pila de proyectiles y otra de duros — dinero y municiones, y al derecho que lo parta un rayo. — Por eso hemos perdido el gusto de las aventuras. No somos Quijotes ya, mas tampoco queremos ser Sanchos: ¡no tan calvos que se nos vean los sesos! ¡No renunciemos á defendernos, y sólo de puro patriotas nos hemos declarado sufridos y prudentes, si bien no tanto que la prudencia parezca temor y el sufrimiento poquedad de ánimo!

Por lo demás, nadie que tenga la cabeza sana deseará la guerra, otra guerra, guerra con un enemigo tan inconsiderado y tan ricachón. Nuestra hidalga casa, nuestra vieja cepa no está abonada con el guano que abriga á ese árbol yankee, que por lo aprisa que creció, por lo basto de su madera, por lo chupón y ávido de su raigambre debe de ser un *eucaliptus*, el vegetal *parvenu* ó hecho aprisa. Donde plantéis un *eucaliptus* crecerá á escape, lo secará todo, y se propagará cubriendo y absorbiendo el terreno completamente. ¡Ay de la planta que tenga la desgracia de nacer próxima al tragantón *eucaliptus*! Si Cuba no estuviese cerquita, ¿qué les importaría á esos positivistas de las relaciones internacionales que Cuba ardiera por los cuatro costados?

La cosa no es para que nos pongamos á bailar, ni para que disparemos cohetes; pero tampoco nos aturulla. No neguemos que estamos en un bache; pero es admirable que se hayan aceptado estas circunstancias con tal presencia de ánimo, con tan sencilla y modesta fortaleza, sin pánico pueril, sin alaridos intempestivos. El gobierno, el país, están dentro de su papel. El primero, haciendo lo posible por no agravar el conflicto, se prepara y arbitra medios de resistencia, que llegado el caso nos permitan arrostrar el lance; el país, efervescente, vehemente, nervioso, se agita, como diciendo: «Aquí estoy, y estoy dispuesto.»

No permita el dios de los ejércitos que nos veamos envueltos en dos guerras. Con la que nos afige bastaría para que tuviésemos el alma en un hilo. Los incesantes sorteos y los reiterados envíos de tropas originan zozobra constante. ¿A quién le tocará mañana? ¿Qué nos reserva el porvenir? En estas horas, que para los más despreocupados é impávidos son de asfixia moral, no puedo menos de tener el pensamiento fijo en un rincón de mi tierra, en un recinto melancólico y grandioso, donde sólo se escucha el tañido de las campanas, la armoniosa queja del órgano y el apagado cuchicheo de los rezos. Sobre un altar resplandeciente de luces, envuelta en las nubes del incienso, se destaca una figura bizantina, la efigie de plata del Apóstol de las victorias, de nuestro numen de la Edad media, del que en su blanco bridón galopaba al través de las nubes, sobre el campo de batalla, como las legendarias valkirias, y se complacía viendo el suelo alfombrado con los cuerpos de nuestros enemigos... Y como la adversidad reanima la fe, murmuro apasionadamente: «¡Santiago, Santiago, cierra España!»

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

GUERRA Y PAZ

«Este siglo concluirá entre gran estrépito de armas,» me decía un francés de esos que sueñan todas las noches con *el desquite*, y á quien exaltaban y sacaban de quicio mis ditirambos y cánticos á la paz universal. Ahora conozco que tenía razón sobrada el francés. Adondequiera que convirtamos la mirada, sólo encontraremos

«muertes, asolamientos, fieros males.»

El furibundo Marte se ha apoderado del planeta y lo recorre en su carro sanguinoso, hollando cuerpos humanos, reventando pechos y magullando cabezas. No se oye hablar más que de encuentros, acciones, desastres y rotas; no se discuten más que tesis de derecho internacional; no se evocan más que recuerdos de conflictos entre potencias; no se fabrican más que fusiles, cañones, balas, cartuchos, placas de blindaje y material de sanidad; y el hombre providencial, el esperado y deseado, el que no tendría sino pegar un brinco para colocarse en el pedestal de mármol y oro que está aguardando por la estatua, sería el gran capitán, el vencedor, el Napoleón, si pudiese aparecer. Vivimos con la obsesión de la lucha; la fiebre patriótica, respirada en el aire, nos contagia y nos incendia las venas; y el resonar de los himnos y el estruendo de las aclamaciones asorda el aire y nos embriaga como embriagaba al sentenciado á muerte en cruz la *posca*, el amargo brebaje que le impedía pensar en el sufrimiento y en el aniquilamiento inmediato...

Y sin embargo, en este mismo instante, cuando nos aturden las descargas y nos alumbrá sinistramente el incendio, en Europa continúa la altiva y creciente propaganda antibélica. En Inglaterra se multiplican las asociaciones pacificadoras; en Francia misma, á pesar del escozor de recientes agravios, el impulso de la opinión es tan favorable á la paz, que hasta los periódicos militares protestan de los nuevos inventos destructores y mortíferos, de las máquinas de matar. En Italia, país entregado al militarismo — nos lo dice el presidente de la Sociedad de Arbitraje, — las Ligas para la pacificación son tan numerosas como potentes. Otro tanto cabe afirmar de Bélgica y de Holanda. En cuanto á los países escandinavos, Dinamarca, Suecia y Noruega, esos pertenecen en absoluto á la causa de la paz y del arbitraje. Y noticia más sorprendente aún: Alemania, la militar Alemania, donde se acogió al pronto con risa y desprecio la idea de las Ligas pacificadoras, las ha visto en pocos años cundir y prosperar, demostrando su vitalidad con *meetings*, conferencias, diarios, revistas, folletos y congresos.